

[ENSAYO]

## Conciencia y alteridad en la obra de *Johanna Martin Mardones*

**Juan Carlos Mestre**

Poeta, grabador y ensayista español (Villafranca del Bierzo, León, 15 de abril de 1957).

Premio Castilla y León de las Letras en 2018.

Premio Nacional de Poesía (2009) por su obra *La casa roja*.



Imágenes de la obra de Johanna Martin Mardones. Fotografías de la exposición de "Paisaje interno- (geo)grafía del alma", en Universidad Católica de la Santísima Concepción (Chile), abril de 2025.

Si algún debate sobre la estética de lo reconocible en torno a la identidad, el rechazo y la poéticas de la memoria se ha hecho audible en el abordaje crítico, tras la ya remota disputa entre la neovanguardia y la postmodernidad, pareciera ser, el aún perdurable cuestionamiento acerca del valor conceptual de las semióticas artísticas, que desplazan hacia la identidad

biográfica de la autoría, el propósito de la ajenidad emocional de la propia obra y su autonomía significativa, entendiéndola ésta dentro del presupuesto teórico de las tesis benjaminianas y su filosofía estética: perennidad, aura y misterio de la objetualización artística; esa *manifestación irrepetible de una lejanía* que se constituye, como en el caso del desafiante trabajo de Johanna Martín Mardones, en la unicidad verosímil de lo sagrado, el conjuro místico y la persistencia dual, ritualidad y política, de las hechuras del arte como manifestación del otro lenguaje espiritual del mundo, la *Otredad* que se revela en cada acto creativo tanto en su dimensión de vínculo con la ancestralidad, como en su carácter de huella polisémica hacia lo inaproximable y trascendente de la nomotética, la tarea estilística y temática de *las avisadoras del fuego* que, aún bajo las cenizas inmóviles de Rosenzweig, siguen anunciando las catástrofes inminentes que, precisamente, para estas no sucedan.

Porque más allá de cualquier otra categorización, la obra de Johanna desborda la falsa autoridad de los ismos clasificatorios para constituirse en asamblea, en una posibilidad desobediente al canon y su rigidez tautológica. Es la indagación en la zona vedada por los discursos de orden, donde Johanna despliega la *dispositio* de su proceso constructivo, la voluntad de una propuesta que se vincula con la restauración civil de la memoria como habla y símbolo de la disidencia, las zonas de tensión donde los lenguajes silenciados por la sistemática del poder devienen en el elocuente discurso de una voz sin boca, la dicción ética de lo colectivo, la presencia moral de los huéspedes en la eterna herida de lo desaparecido, cuerpos de la perduración en la memoria como único ámbito ya inviolable de la dignidad de lo humano.

Algo se defiende y nos defiende de lo ominoso en la obra de Johanna, alguna presencia ejerce el derecho estético a la legítima defensa del vulnerado, al amparo de los débiles y la protección de los que descontentos hacen la vida más intensamente bella tras los límites de la contingencia y precaria razón política.

Pienso en esta obra de Johanna, como quien medita ante la reveladora presencia del “Ángel de la historia” de Klee, la que, de espaldas al futuro, se alza sobre la ruinoso condición del mundo para no perder de vista el pasado y, he ahí, en la laicidad de su milagro, la primera función esperable de toda propuesta artística: la repoblación espiritual del mundo como un acto de resistencia a la sociedad de consumo y la impositiva normalización que reconoce como único valor la ganancia económica. Es contra esa usura, contra la intemperie del ser vulnerable, es a favor de los sueños pendientes de ser soñados que pinta sus urdimbres oníricas Johanna, tras la travesía por los universos superpuestos, que no paralelos, del arte cognitivo, es decir, aquel que tan equidistante de la neurociencia contemporánea como de la interpretación onírica del inconsciente, se constituye en lenguaje de la delicadeza humana para dar cuenta del horror y de la felicidad, de los errores de aquella otra bella verdad del romanticismo que no hizo compañía a lo justo. Sí, la zona más real y comprensible de los lenguajes de la imaginación que no sólo nos anticipan las visiones del porvenir, sino que también ensanchan el horizonte significativo de la artisticidad futura, allí donde en el mestizaje y la fugacidad -oigamos a Lezama Lima-, *“la iguana interpone su soplo en los*

*consejos del rocío”.*

No enuncia Johanna una fácil belleza, no son sus obras decorados acrílicos de la necesidad racional, sino, a mi modo de entender, la abolición de las leyes de la obviedad en favor de las intuiciones visibles del desacuerdo y el lenguaje intransferible de la individualidad inserta en la dialéctica de lo colectivo, visiones de un territorio vertebrador de la emocionalidad de un pueblo, acaso personas que ya solo viven en las aldeas del aire, acaso memorias de lo todavía más vivo bajo las toneladas de serrín jurídico del olvido, acaso la certeza de una topofilia, el amor por el lugar, donde echa raíces su alma, como la de toda artista, de poeta, la que siguiendo la consigna del camarada René Char, no debiera dejar pruebas, sino huellas, pues solo las huellas nos permitirán seguir soñando. Textos gráficos, manifiestos de la profundidad, el resplandor del relámpago sobre la noche inconclusa de la historia alumbró esta obra, intensa y dramática, habitada por los ausentes y por tanto emancipadora, testigo de su tiempo y por tanto portadora de las restituciones con que el futuro guarda a los jóvenes sublevados con Rimbaud, el vidente, ante las puertas de las prometidas ciudades del amanecer.

Lo que quiere decir esta obra, es lo que quiere recordar el arte en su tarea de ennoblecer súbitamente la paulatina esclerotización el mundo, coadyuvar a que las aguas de la bendición, la naturaleza como salud de un bien entre en diálogo con la intimidad del ser cotidiano y contribuya, - alta aspiración frente a lo execrable-, a que se extinga el error del infierno.

Hay semillas germinantes bajo estas texturas de esta zona del recuerdo que extiende como un territorio de consolación Johanna, hay páginas que no habían sido escritas por los testificantes de la crueldad, hay cuerpos en la organicidad de lo absoluto transmitiendo la heredad de su conciencia a otros cuerpos, hay brazos que sostienen la intemperie del universo y manos portadoras del secreto inscrito en la piedra de la locura y en los anillos del “árbol del conocimiento”; está la rúbrica del rayo y la sonrisa del padre muerto que acentúa la condición de los iguales, están las nubes que se hermanan sobre los desaparecidos y el grito de los que no se dejarán de oír nunca por los laberintos de la conciencia humana, o sea, está la alianza del arte con el asombro, están los huesos blancos de las palomas y el esqueleto de las palabras de cuantos fueron obligados a callar cargados de razón, los huidos del laberinto del dolor, los que perseguidos por los amos de la iniquidad entran en la casa redentora de la esperanza, estás tú que contemplas estos sueños y las madres que regresan de la muerte con un ramo de silbidos en la frente. Todas las formas de la vida, todas las posibilidades, todas las casualidades, todas las causas del amor y de la lucha, todas las potencias de la tensión estética entre la oportunidad del bien enfrentando los caudales maléficos de la negación y los espectros del autoritarismo, está, al fin, el arte puro, impuro, la necesidad biológica, social, política y espiritual del arte que piensa, alza con pasión el vuelo, salva, ampara y redime y dignifica.

La obra de Johanna representa, entre otras polisémicas virtualidades, un punto de inflexión dialéctica, modulación artística e investigación formal, ante los pecios abandonados por la postmodernidad, una propuesta que ahonda en la subjetividad del sujeto que en la era digital no puede ya sino devenir en autonomía moral de su propia y huidiza forma frente a las figuras

arquetípicas del poder. Abandonado el cuerpo dócil de las retóricas de la persuasión estética la proposición de Johanna predice y subraya las analogías entre pasado y futuro, la transformación en pensamiento presente de los semas que cuestionan lo binario y siguiendo la incitación teórica de lo anti dualista, borran la frontera de los lenguajes de dominio que dividen los semas de la artísticidad, la manifestación ética y estética de la sentimentalidad y el no siempre progresivo saber humano, para resituar en el tan remoto como próximo sueño surrealista, el de la creación inserta dinámicamente en la perspectiva absoluta de una aspiración emancipatoria, la tan transgresora como revolucionaria acción de devolverle a la vida los sueños pendientes de ser soñados.

Esa es también la dimensión rizomática de sus arborescentes cuerpos que echan raíces en las profundidades de una topología donde la geométrica deviene en organicidad, en una nueva modulación entre el prisma y el cuerpo, entre la materia de lo sidéreo y los covalentes que se unen en la orgánica de lo viviente con el universo inédito de otras desconocidas formas. Rizoma de una pintura horizontal y subterránea - (el pintar etimológico como aquello que da color, o sea, el matiz que cubre, a los frutos de la memoria y de lo oculto)-, que ancla el instante a su deseo, única fuerza ya de la intensidad creativa. No hay ningún otro poder disciplinario tras esta práctica de flujos totémicos y magnitudes ancestrales, ajena a las lógicas de producción capitalista y las leyes del mercado de lo estético, en el afuera de las vigilantes cátedras y el por hoy invicto control del consumo, que ha reconvertido al lector de urdimbres y textos artísticos en impasibles clientes. Arte en fuga con la capacidad de transitar, en la estela de las conceptualizaciones de Deleuze y Guattari, entre la resistencia a las estructuras existentes y favorecer la presencia de nuevas formulaciones que desborden el sistema binario y generen tan delicadas como radicales hipertextualidades, novísimas formas de balizamiento hacia la plenitud y el siempre relativo entusiasmo del arte como indagación ontológica; en suma, y en toda circunstancia, la integración del ser estético y por ende ético, en la visión holística del universo.

Frente al ocaso del sujeto moderno y la despersonalización del artista, como intermediario entre las dubitaciones de lo visible y las visiones de cuanto ya sólo reside en la inexistencia bajo el revelador amparo de la imaginación, la artista, la poeta que es Johanna Martín Mardones, no nos ofrece el paisaje en círculo de la expresión doliente de la historia, sino un lugar para las anticipaciones del futuro que haciéndose cargo de las precedencias de las mortificaciones civiles, y también de los cauces por donde sigue discurriendo los idiolectos de lo honroso, convierten a la creadora, a la chamana, en aquella alteridad en que Pablo de Rokha cifraba la tarea del poeta, la de ser, la de volver a serlo si hoy hubiera renunciado a ello, *“el coordinador de las angustias del universo”* (Pablo de Rokha).

Si en todo cuerpo resuena la noción social de una integridad activa, en la obra plástica y performativa de Johanna, ese concepto se desterritorializa hasta rozar la abstracción y compartir devenir con la compleja organicidad de lo que, en ausencia de denominación, podríamos intuir como una alteridad de lo ausente en el escenario del intercambio de símbolos, todo por excelencia en esta operatividad es cuerpo y, por tanto, es símbolo de las representaciones

transcendentes del dador y la episódica escena de lo perecedero, y todo, en consecuencia, es a su vez relato en tanto estructura de un lenguaje sígnico. Johanna re-liga, con sabia y conmovedora eficacia, el espacio del cuerpo con la corporalidad del sujeto/objeto artístico como texto de memoria, una confluencia de sentido y destino, biológico en el sentido de las tesis de Foucault que resitúan el significado y los significantes del cuerpo en la zona de rebeldía frente a la acción obstinada de las tecnologías del poder, un espacio del que sólo podrá ser rescatado por la impugnación del proceso liberatorio de la emancipación artística, la visión diferente e insumisa a la sociología y funciones de las sistemáticas de orden. Por eso importa y por eso también intelectualmente desplaza y conmueve la acción discursiva de esta obra, por mantener vigente la autonomía del espejo sin reflejo del arte, la revelación de lo inédito, esa tarea de demolición de los viejos arquetipos estéticos que reducen a lo contemplativo la práctica del espectador. Importa el arte de Johanna, finalmente, por cuanto hay en él de excavación y esencial herramienta para la desconstrucción distópica, por su obrar inverso a la demolición de lo esperanzador, por su resolución para proclamar el elogio a la hermosura *-la belleza no es un lugar donde van a parar los acobardes*, escribió el poeta Antonio Gamoneda-, la utopía lumínica del arte de la vida, la verdad de Johanna, la absoluta certeza de que tras las civilizaciones de cultura y los solares tiempos de los pueblos resucitados, los irredentos pájaros del canto bajo la bendición de las aguas, declararán algún día la muerte de la muerte. También por eso es digna de elogio, viviente identidad de la memoria e imperativa conciencia colectiva, la inapelable y tan viviente obra de Johanna.

*Juan Carlos Mestre, Madrid, 2025*

#### NOTA DEL EDITOR

*El ensayo de Juan Carlos Mestre es un homenaje lírico y crítico a la obra plástica y performativa de Johanna Martin Mardones, abordándola como una expresión radical de conciencia ética, memoria y alteridad. El autor sitúa su producción en un terreno ajeno a los cánones estéticos dominantes, resaltando su potencia simbólica como resistencia frente a la normalización del mercado y las estructuras de poder. La obra de Johanna es entendida como un gesto de reexistencia: una intervención que no decora, sino que testimonia y transforma. A través de una poética de la memoria, ella convoca las voces silenciadas por la historia, construyendo un lenguaje que nace desde la pérdida, el duelo y la justicia pendiente. Desde una perspectiva que fusiona lo estético y lo político, Mestre recurre a referencias filosóficas, semióticas y espirituales para interpretar esta obra como territorio simbólico en el que el cuerpo —materia, símbolo y lenguaje— se convierte en archivo vivo de lo colectivo. En este gesto creador, Johanna se alza como figura de la chamana y la visionaria, capaz de devolver a la vida los sueños no soñados. Su arte es, así, una herramienta de restitución, un acto de resistencia frente a la desmemoria y una afirmación de la dignidad humana.*